

Timothy Snyder

El príncipe rojo

Las vidas secretas de un archiduque
de Habsburgo



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Timothy Snyder

El Príncipe Rojo

Las vidas secretas
de un archiduque Habsburgo

Traducción de
Joan Fontcuberta

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

¡Esta vida, tu eterna vida!

NIETZSCHE

Prólogo

Érase una vez una joven y hermosa princesa llamada María Cristina que vivía en un castillo, donde leía libros de fin a principio. Luego llegaron los nazis y, tras ellos, los estalinistas. Puesto que este libro es la historia de su familia, empieza por el final.

Una hora antes de la medianoche del día 18 de agosto de 1948, un coronel ucraniano yacía muerto en una prisión soviética de Kiev. Había sido espía en Viena, trabajando primero contra Hitler durante la Segunda Guerra Mundial y, después, contra Stalin en los primeros años de la guerra fría. Había eludido la Gestapo, pero no el contraespionaje soviético. Un día, el coronel ucraniano dijo a sus colegas que salía a almorzar y nunca más volvió a ser visto en Viena. Fue secuestrado por soldados del Ejército Rojo, llevado en avión a la Unión Soviética e interrogado más de lo que un hombre puede soportar. Murió en el hospital de la prisión y fue enterrado en una tumba sin lápida.

El coronel ucraniano tenía un hermano mayor, que también era coronel y también había luchado contra los nazis. Por su valor, había pasado la guerra en prisiones y campos de concentración alemanes. Las torturas de la Gestapo le habían dejado la mitad del cuerpo paralizada y un ojo insertable. Al regresar a casa después de la Segunda Guerra Mundial, trató de reclamar la finca de la familia. La propiedad se encontraba en Polonia, y el hermano mayor era polaco. Incautada por los nazis en 1939, la finca fue confiscada de

nuevo por los comunistas en 1945. Sabiendo que la familia era de origen alemán, sus interrogadores nazis habían querido que admitiera que racialmente era un auténtico alemán. Él se había negado a hacerlo. Ahora oía el mismo argumento en boca de los representantes del nuevo régimen comunista. Era de raza alemana, decían y, por lo tanto, no tenía derecho a tierra en la nueva Polonia. Lo que primero habían incautado los nazis se lo quedaban ahora los comunistas.

Mientras tanto, los hijos del coronel tenían problemas en adaptarse al nuevo orden comunista. En la solicitud de ingreso en la facultad de medicina, la hija tuvo que definir la clase social a la que pertenecía su familia. Las opciones eran: clase obrera, campesinado e intelectualidad, las categorías estándar de la burocracia marxista. Tras un largo titubeo, la desconcertada muchacha escribió «Habsburgo». Era cierto. La solicitante era la joven princesa María Cristina Habsburgo. Su padre, el coronel polaco, y su tío, el coronel ucraniano, eran príncipes Habsburgo, descendientes de emperadores, miembros de la familia más ilustre de Europa.

Nacidos a finales del siglo XIX, su padre, Alberto, y su tío, Guillermo, alcanzaron la mayoría de edad en un mundo de imperios. En aquella época, su familia todavía estaba al frente de la monarquía Habsburgo, la más antigua y orgullosa de Europa. Extendiéndose desde las montañas de Ucrania en el norte hasta las cálidas aguas del Adriático en el sur, la monarquía Habsburgo englobaba una docena de pueblos europeos y recordaba seiscientos años de poder ininterrumpido. El coronel ucraniano y el coronel polaco, Guillermo y Alberto, fueron educados para proteger y expandir el imperio familiar en una época de nacionalismos. Se convertirían en príncipes ucraniano y polaco respectivamente, leales a la vasta monarquía y subordinados al emperador Habsburgo.

El nacionalismo de la familia real era idea de su padre, Esteban. Fue él quien abandonó el tradicional cosmopolitis-

mo de la estirpe para convertirse en polaco, con la esperanza de llegar a ser regente o príncipe de Polonia. Alberto, su hijo mayor, era su legítimo heredero; Guillermo, el segundo, era el rebelde y escogió otra nación. Ambos hijos, empero, aceptaron la premisa básica del padre. El nacionalismo era inevitable, pensaba éste, pero la destrucción de imperios no lo era. Convertir en Estado cada nación no liberaría a las minorías nacionales. Presagiaba que, muy al contrario, convertiría Europa en un inapropiado conjunto de Estados débiles dependientes de los más fuertes para sobrevivir. Esteban creía que a los europeos les iría mejor si reconciliaran sus aspiraciones nacionales con una lealtad superior a un imperio, concretamente a la monarquía Habsburgo. En una Europa imperfecta, la monarquía Habsburgo era un teatro mejor para el drama nacional que cualquier otra opción. Dejemos que la política nacional siga su curso –pensaba Esteban–, dentro de los cómodos confines de un imperio tolerante, con una prensa libre y un parlamento.

Así las cosas, la Primera Guerra Mundial fue una tragedia tanto para la rama de Esteban de la familia Habsburgo como para la propia dinastía. En el curso de la guerra, los enemigos de los Habsburgo –los rusos, los británicos, los franceses y los norteamericanos– dirigieron los sentimientos nacionales contra la familia imperial. Al terminar la guerra, la monarquía Habsburgo estaba desmembrada y diseminada, y el nacionalismo campaba a sus anchas en Europa. La tragedia de la derrota de 1918 fue más grave para Guillermo, el hijo menor, el ucraniano. Antes de la Primera Guerra Mundial, el territorio de Ucrania había sido dividido entre los imperios Habsburgo y Románov. De ahí nació la cuestión nacional que Guillermo se había planteado. ¿Podía unificarse Ucrania e incorporarse a la monarquía Habsburgo? ¿Podía él gobernarla para los Habsburgo, tal como su padre había deseado gobernar Polonia? Por un tiempo pareció que sí.

Guillermo se convirtió en el Habsburgo ucraniano, aprendió la lengua, mandó las tropas ucranianas en la Primera Guerra Mundial y estrechó sus lazos con la nación escogida.

Su oportunidad de gloria llegó cuando la revolución bolchevique destruyó el Imperio Ruso en 1917, abriendo Ucrania a la conquista. Enviado por el emperador Habsburgo a la estepa ucraniana en 1918, Guillermo trabajó para forjar la conciencia nacional entre los campesinos y ayudó a los pobres a conservar la tierra que habían quitado a los ricos. Se convirtió en una leyenda a lo largo y ancho del país: el Habsburgo que hablaba ucraniano, el archiduque que amaba a la gente corriente, el Príncipe Rojo.

Guillermo de Habsburgo, el Príncipe Rojo, llevaba el uniforme de oficial austriaco, el traje de gala de archiduque de la corte Habsburgo, el simple terno del exilio parisino, el collar de la Orden del vellón de oro y, de vez en cuando, un traje de paisano. Sabía manejar el sable, la pistola, el remo o el palo de golf; trataba con mujeres por necesidad y con hombres por placer. Hablaba el italiano de su madre la archiduquesa, el alemán de su padre el archiduque, el inglés de sus reales amigos británicos, el polaco del país que su padre deseaba gobernar y el ucraniano de la tierra que quería gobernar él mismo. No era un inocente, aunque, por otra parte, los inocentes son incapaces de fundar naciones. Toda revolución nacional, como todo episodio de pasión amorosa, debe algo a la anterior. Todo padre fundador ha tenido sus correrías. Tanto en cuestiones de lealtad política como de sinceridad sexual, Guillermo hacía gala de una verdadera desvergüenza. No se le ocurría que cualquier otra persona pudiera delimitar sus lealtades o poner freno a sus deseos. Sin embargo, esa despreocupación escondía cierta premisa ética. Rechazaba, aunque sólo fuera por el olorillo a perfume en una habitación de hotel de París o por la mancha de tinta del falsificador en un pasaporte austriaco, el poder del Estado para definir al individuo.

En este nivel, el más esencial, la actitud de Guillermo respecto a la identidad no era tan diferente de la de su hermano Alberto, un hombre de familia, leal a Polonia, buen hijo de su

padre. En tiempos del totalitarismo, los dos hermanos, cada uno perfectamente ajeno a las acciones del otro, se comportaron de modo bastante parecido. Ambos sabían que la nacionalidad podía estar sujeta a cambios, pero no estaban dispuestos a cambiar las suyas bajo amenaza. Alberto negó a los interrogadores nazis que fuera alemán. A pesar de que su familia había gobernado en tierras alemanas durante siglos, rechazó la idea nazi de la raza, de que el origen de una persona define su pertenencia nacional. Eligió Polonia. Guillermo corrió grandes riesgos espionando contra la Unión Soviética con la esperanza de que las potencias occidentales protegiesen a Ucrania. Durante los meses de interrogatorio al que lo sometió la policía secreta soviética, optó por hablar en ucraniano. Ninguno de los dos hermanos se recuperó del trato que recibieron de los poderes totalitarios, ni, desde luego, la Europa que ellos representaban. Tanto nazis como soviéticos consideraban la nación como expresión de hechos inalterables del pasado antes que como voluntad humana en el presente. Porque dominaron tanta extensión de Europa y con tanta violencia, la idea de la raza permanece con nosotros: la mano viviente de la historia tal como no ocurrió.

Estos Habsburgo tenían una noción más viva de la historia. Las dinastías pueden durar para siempre, y rara es la dinastía que cree merecer algo menos. Stalin gobernó una cuarta parte de siglo, Hitler sólo una octava. Los Habsburgo reinaron durante siglos. Esteban y sus hijos, Alberto y Guillermo, hijos del siglo XIX, no tenían motivos para creer que el XX sería el último de su familia. ¿Qué era el nacionalismo, después de todo, para una familia de emperadores que había sobrevivido a la destrucción del Sacro Imperio Romano, para una familia de gobernantes católicos que había sobrevivido a la Reforma, para una familia de conservadores dinásticos que había sobrevivido a la Revolución Francesa y a las guerras napoleónicas? En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, los Habsburgo se habían adaptado a las ideas modernas, pero más bien al modo del marinero que cambia de bordada ante un viento inesperado.

El viaje seguiría, pero con un rumbo ligeramente distinto. Cuando Esteban y sus hijos se comprometieron con la nación, no lo hicieron por un sentido de inevitabilidad histórica, por el presentimiento de que las naciones tenían que nacer y conquistar a otras, de que los imperios tenían que tambalearse y caer. Creían que la libertad de Polonia y de Ucrania podía conciliarse con la expansión del dominio Habsburgo en Europa. Su sentido del tiempo era el de eternidad, de la vida compuesta de momentos llenos de incipientes destellos de gloria, como una gota de rocío que espera el sol matutino para liberar un espectro de colores.

¿Importa que la gota de rocío termine bajo la suela negra de una bota militar? Estos Habsburgo perdieron sus guerras y no lograron liberar a sus naciones a lo largo de sus vidas; al igual que las naciones que eligieron, fueron vencidos por los nazis y los estalinistas. Sin embargo, los totalitarios que los juzgaron y sentenciaron también han acabado sus días. Los horrores del régimen nazi y del comunista hacen imposible considerar la historia europea del siglo xx como un paso adelante hacia un bien superior. En gran parte por la misma razón, es difícil ver la caída de los Habsburgo en 1918 como el principio de una era de liberación. ¿Cómo hablar, pues, de la historia europea contemporánea? Tal vez esos Habsburgo, con su tedioso sentido de la eternidad y su optimista apreciación del color del momento, tengan algo que ofrecer. Al fin y al cabo, cada momento del pasado está lleno de lo que no pasó y de lo que probablemente nunca pasará, como la monarquía ucraniana o la restauración de los Habsburgo. También contiene lo que parecía imposible y, sin embargo, resultó posible, como un Estado ucraniano unificado o una Polonia libre en una Europa en proceso de unificación. Y si eso era cierto en aquellos momentos del pasado, también lo es en el momento presente.

Hoy, tras un largo exilio, María Cristina vive de nuevo en el castillo de su juventud, en Polonia. La causa polaca de su

padre se ganó. Incluso el sueño exótico de su tío, el de una Ucrania independiente, se ha hecho realidad. Polonia ha ingresado en la Unión Europea. Los demócratas ucranianos, manifestándose a favor de elecciones libres en su país, agitan la bandera europea. La idea de su padre de que el patriotismo se puede conciliar con una superior lealtad europea parece extrañamente profética.

En el año 2008, María Cristina está sentada en el castillo de su abuelo y cuenta cuentos empezando por el final. La historia de su tío, el Príncipe Rojo, es una de las que ella desconoce o no quiere contar. Termina con una muerte en Kiev en 1948. Comienza antes de que ella naciera, con la rebelión de su tío Guillermo contra el plan polaco del abuelo y con la elección de Ucrania en vez de Polonia. O incluso antes, con el largo reinado del emperador Francisco José de Habsburgo, que gobernaba un imperio multinacional que permitía imaginar un futuro de liberación nacional tanto a polacos como a ucranianos. Francisco José estaba en el poder cuando nació Esteban en 1860 y seguía en el poder cuando nació Guillermo en 1895. Reinaba cuando Esteban decidió hacer polaca a su familia y continuó reinando cuando Guillermo escogió Ucrania. Así pues, la historia podría empezar un siglo antes, en 1908, cuando Esteban instalaba a su familia en un castillo polaco, Guillermo empezaba a soñar con un reino nacional propio y Francisco José celebraba el sexagésimo aniversario de su gobierno imperial.

ORO

El sueño del emperador

Ninguna dinastía europea ha reinado tanto tiempo como los Habsburgo y ningún Habsburgo ha reinado tanto tiempo como el emperador Francisco José. El segundo día de diciembre de 1908, la alta sociedad de su imperio se reunió en la Ópera de la Corte de Viena para celebrar el sexagésimo aniversario de su reinado. Los nobles y los príncipes, los oficiales y los funcionarios, los obispos y los políticos acudieron a celebrar la resistencia de un hombre que los gobernaba por la gracia de Dios. El lugar de la reunión, un templo de la música, también lo era de la intemporalidad. Como los otros grandes edificios levantados en Viena bajo el reinado de Francisco José, la Ópera de la Corte estaba construida en el estilo histórico definido como Renacimiento, pero situada frente a la más hermosa de las modernas avenidas europeas. Era una de las perlas del Ring, la ronda proyectada durante el reinado de Francisco José para delimitar el centro de la ciudad. Entonces como ahora, tanto el humilde como el noble podía subir a un tranvía y recorrer el Ring sin parar, con un billete para la eternidad en la mano.

La celebración del aniversario del emperador había empezado la noche anterior. Los vieneses que vivían en los alrededores del Ring y en el centro tenían encendida una sola vela en la ventana que proyectaba un tenue resplandor dorado a través de la negrura de la noche. Esta costumbre había empezado en Viena sesenta años antes, cuando Francisco José ascendió a los tronos de los Habsburgo en medio de la revolución y la guerra, y se había extendido por todo el imperio durante su largo reinado. No sólo en Viena, sino también en

Praga, Cracovia, Lviv, Trieste, Salzburgo, Innsbruck, Liubliana, Maribor, Brno, Chernivtsi, Budapest, Sarajevo e innumerables otras capitales, ciudades y pueblos de toda Europa central y oriental, los leales súbditos rendían sus respetos y demostraban su devoción al Habsburgo. Tras seis décadas, Francisco José fue el único gobernante al que la vasta mayoría de sus millones de súbditos –alemanes, polacos, ucranianos, judíos, checos, croatas, eslovenos, eslovacos, húngaros, rumanos– jamás había conocido. Pero el resplandor dorado de Viena no era nostálgico. En el centro de la ciudad, los millares de velas parpadeantes eran eclipsados por millones de bombillas. Todos los grandes edificios del Ring estaban iluminados por miles de esas lámparas eléctricas. Plazas y chaflanes estaban decorados con grandes estrellas luminosas. El propio palacio del emperador, el Hofburg, estaba cubierto de luces. Un millón de personas acudió a contemplar el espectáculo.

En la mañana del 2 de diciembre, en el Hofburg, el palacio imperial del Ring, el emperador Francisco José recibió el homenaje de los archiduques y las archiduquesas: príncipes y princesas de sangre real, herederos como él de los emperadores Habsburgo del pasado. Aunque la mayoría de ellos tenía palacios en Viena, acudieron de todo el imperio, de sus varios refugios de la vida cortesana o de sus diversos focos de ambición. El archiduque Esteban, por ejemplo, poseía dos palacios en el sur del imperio, a orillas del Adriático, y dos castillos en el norte, en un valle de Galitzia. Aquella mañana, él y su esposa María Teresa llevaron a sus seis hijos al Hofburg para presentar los respetos al emperador. El hijo menor, Guillermo, con sus trece años, era justo lo bastante mayor, según el ceremonial de la corte, para poder asistir. Criado a orillas del mar azul, se encontró rodeado de la dorada exhibición de poder y longevidad de su familia. Era una de las raras ocasiones en que vio a su padre, Esteban, vestido de ceremonia. Alrededor del cuello llevaba el collar de la Orden del vellón de oro, el distintivo de la más insignificante de las sociedades caballerescas. Según parece, Guillermo

mantenía cierta distancia de la grandiosidad. Mientras aprovechaba la oportunidad para inspeccionar el tesoro imperial, donde se guardaban los tronos y las joyas, recordó al maestro de ceremonias como un gallo de oro.

Al atardecer, en la Ópera de la Corte, el emperador y los archiduques se encontraron de nuevo, esta vez antes de la audiencia. A las seis habían llegado los otros invitados y ocupado sus puestos. Justo antes de las siete, los archiduques y las archiduquesas, incluyendo a Esteban, María Teresa y sus hijos, esperaban su turno. En el momento oportuno, los archiduques y las archiduquesas hicieron su solemne aparición en la sala y se dirigieron a grandes pasos a sus palcos. Esteban, el pequeño Guillermo y toda la familia ocuparon un palco a la izquierda y permanecieron de pie. Sólo entonces hizo su entrada el emperador Francisco José, un hombre de setenta y ocho años de edad y seis décadas de poder, encorvado pero fuerte, con unas patillas imponentes y una expresión impenetrable. Agradeció los aplausos de la galería. Permaneció de pie un momento. Era famoso por ello: se quedaba de pie en todos los actos protocolarios, acortando de este modo felizmente su duración. También era famoso por su capacidad de aguante: había sobrevivido a la muerte de un hermano, de su esposa y de su hijo único. Sobrevivió a personas, sobrevivió a generaciones, parecía capaz de sobrevivir al propio tiempo. Sin embargo ahora, exactamente a las siete, tomó asiento, de modo que todo el mundo pudo hacer otro tanto y podía empezar otra representación.

Cuando se levantó el telón, la mirada de la audiencia se apartó del emperador del presente para concentrarse en uno del pasado. *El sueño del emperador*, una obra de un acto escrita para celebrar el aniversario, tenía como protagonista al primer emperador Habsburgo, Rodolfo. La audiencia lo reconoció como el Habsburgo que en el siglo XIII había convertido a la familia en la dinastía reinante que había sido

desde entonces. Fue el primer Habsburgo elegido por sus iguales, los príncipes, para ser el soberano del Sacro Imperio Romano en 1273. Aunque este título tenía un poder limitado en una Europa medieval de cientos de soberanías mayores y menores, su titular reclamaba el legado del extinguido Imperio Romano, así como el liderazgo de todo el mundo cristiano. También fue Rodolfo quien, en 1278, conquistó las tierras de Austria, hasta entonces en manos del temible rey checo Ottokar, tierras que fueron el núcleo del dominio hereditario que Rodolfo pasaría a sus hijos, y ellos, a su vez, a todos los Habsburgo hasta el mismo Francisco José.

En el escenario, el emperador Rodolfo comienza expresando en voz alta su preocupación por el destino de esas tierras austriacas. Sus conquistas quedan en el pasado, sus inquietudes se centran en el futuro. ¿Qué ocurrirá con los territorios que quiere legar a sus hijos? ¿Serán dignos sucesores suyos? ¿Y qué será de los Habsburgo? El Rodolfo histórico, un personaje muy alto, descarnado y más bien cruel en vida, era interpretado por un actor bajito, rechoncho y encantador. Un hombre de acción brutal en la realidad, en el escenario se convierte en un individuo simpático que necesita echar una cabezadita. Se pone a dormir en el trono. Un espíritu del Futuro aparece detrás de él y le cuenta las glorias de la Casa de los Habsburgo en los siglos venideros. Cuando suena una música suave, Rodolfo pide a Futuro que le sirva de guía. Entonces Futuro le presenta cinco imágenes en sueños para garantizarle que lo que ha conquistado será conservado y protegido.¹

La primera imagen del sueño es la de un pacto de matrimonio entre dos grandes casas reales. En 1515 los Habsburgo se arriesgaron con los Jagellones, gobernantes de Polonia y familia prominente del este de Europa. Concertando un doble matrimonio, pusieron en peligro sus tierras contra la posibilidad de ganar las de los Jagellones. Luis Jagellón era rey de Polonia, Hungría y Bohemia cuando dirigió sus ejércitos contra el Imperio Otomano en la batalla de Mohács en 1526. Derrotadas sus fuerzas, murió, mientras huía, en

un río y bajo un caballo. Como resultado del pacto de matrimonio, su mujer era una Habsburgo; tras la muerte de Luis, el hermano de la esposa reclamó las coronas de Bohemia y Hungría, que, así, se convirtieron en tierras de la corona Habsburgo, reivindicadas por todos los gobernantes sucesivos de la dinastía hasta el propio Francisco José. El rey húngaro Matías Corvino había escrito en el siglo xv: «¡Dejad que otros hagan las guerras! Tú, Feliz Austria, cástate. Lo que Marte da a otros, Venus te lo concede a ti». Se refería a la adquisición de España, cuando un Habsburgo contrajo matrimonio con una muchacha que era sexta en la línea de sucesión al trono y luego contempló cómo los otros cinco amablemente iban muriendo. Su propio reino de Hungría fue el siguiente.

Sin embargo, el dominio de Hungría no sería tan sencillo, explicó Futuro a Rodolfo. La guerra entre los Habsburgo y los otomanos era encarnizada. En 1683 los otomanos marcharon sobre Viena con cien mil soldados. A través de los dominios de los Habsburgo las campanas de las iglesias tañían y callaban para dar la alarma antes de que sus pueblos cayeran en manos de los turcos. Viena estaba sitiada y los Habsburgo, atrapados. Consiguieron ayuda de su vecino del norte y reino católico amigo, Polonia. El rey polaco avanzó rápidamente hacia el sur con su temible caballería y acampó en una colina que dominaba la ciudad. Los caballeros del rey asaltaron los campamentos otomanos, según recuerda un cronista musulmán, como un alud de brea negra que lo arrasaba todo a su paso. Viena se salvó. En la segunda imagen del sueño, Futuro muestra a Rodolfo el encuentro del emperador Habsburgo con el rey polaco. Los otomanos fueron vencidos, y los Habsburgo se convirtieron en gobernantes indiscutibles de Hungría y Europa central.

Tras la victoria, a los Habsburgo se les planteaba ahora un problema matrimonial. Tal como Futuro explica a Rodolfo, se enfrentaban a una crisis de sucesión. Dos líneas de la misma familia gobernaban en gran parte de Europa y del mundo: una daba los señores de España y sus vastas pose-

siones coloniales; la otra, emperadores del Sacro Imperio y dueños de Europa central. En 1700 se extinguió la línea española de la familia, y la rama europea luchaba sin éxito por el control de España y su imperio. Esa rama tampoco tenía a un heredero varón para asumir la sucesión. La solución a este problema fue la Pragmática Sanción, descrita en la imagen del tercer sueño de Futuro. En la imagen, el emperador, en presencia de la archiduquesa María Teresa, de ocho años, proclamó que ella sería su sucesora. Ella subió a los tronos Habsburgo en 1740 para convertirse en el más famoso de los gobernantes de esa familia. Futuro asegura a Rodolfo que María Teresa gobernaría con mano firme.

La emperatriz María Teresa llevó el principio familiar del imperialismo nupcial hasta su lógico extremo, tal como Futuro revela a Rodolfo en la imagen del cuarto sueño. Mostraba a María Teresa y a su familia en 1763 aplaudiendo al joven Mozart al piano. En la imagen aparecían los dieciséis hijos de María Teresa. La referencia a Mozart fue una manera sutil de sugerir que los Habsburgo eran monarcas civilizados y mecenas de las artes, pero el mensaje central de la imagen era que María Teresa había extendido el poder de la familia en Europa con su vientre y su inteligencia. Preparó a su hijo mayor para gobernar y después gobernó con él y casó a tantas hijas como pudo con monarcas europeos. El hijo mayor era José, un déspota ilustrado que, como su madre, deseaba transformar los desperdigados territorios de la monarquía Habsburgo en un Estado bien administrado. La hija menor era María Antonia, más conocida por su nombre francés, Marie Antoinette, la villana de la Revolución Francesa.

El hecho de que María Teresa enviara a su hija a casarse con el príncipe heredero francés, fue un típico ejemplo de la diplomacia matrimonial de los Habsburgo, de los que Francia era un enemigo tradicional. Aunque tanto Francia como la monarquía Habsburgo eran católicas, la primera había apoyado a los otomanos islámicos cuando marchaban sobre Viena. Un diplomático francés incluso había intentado evitar la intervención polaca repartiendo sobornos. Durante

las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, Francia apoyó a los príncipes protestantes contra los Habsburgo. La dinastía francesa, los Borbones, era el principal rival de los Habsburgo en la lucha por el poder en el continente europeo. Durante su larga confrontación con los Habsburgo, los franceses inventaron la diplomacia moderna al poner los intereses del Estado sobre cualesquiera otros. Contra esa inquina, los Habsburgo mandaron a una muchacha a desnudarse. Cuando María Antonieta, de catorce años, se despojó de sus ropas a orillas del Rin en 1773, se transformó simbólicamente en la princesa francesa Marie Antoinette, confirmando la legitimidad del viejo orden al participar en un pacto matrimonial entre las dos grandes casas.

Dieciséis años después de que María Teresa tratara de amansar la enemistad de los Borbones haciéndoles obsequio de su hija, esta casa real fue derrocada en la Revolución Francesa. María Antonieta, depuesta como reina de Francia, se vio reducida a simple ciudadana, acusada de traición y aún de peores cargos. La guillotina segó los cuellos de personas que ella había conocido y amado. Encarcelada en 1792, se le pidió que besara los labios de la cabeza cortada de una princesa que, según los rumores, había sido su amante lesbiana. En 1793, fue declarada culpable de entorpecer la Revolución y de abusar sexualmente de su hijo. Acabó guillotizada en la Plaza de la Revolución.²

Cuando la Revolución Francesa se precipitó en el terror y después en la dictadura de los años noventa del siglo XVIII, Napoleón Bonaparte y sus grandiosos ejércitos intentaron derribar el viejo orden en toda Europa. El general introdujo una nueva clase de política, el gobierno de monarcas que afirmaban representar a los pueblos antes que a una jerarquía divina. Tras coronarse a sí mismo emperador de Francia en 1804, Napoleón colocó a parientes suyos en los tronos de nuevos reinos creados a partir de los territorios que había tomado, entre otros rivales, a los Habsburgo. En 1810, éstos probaron de nuevo con el matrimonio, ofreciendo a Napoleón la hija de su emperador como esposa. El trato lo

llevó a cabo un habilidoso diplomático de los Habsburgo, Klemens von Metternich. Efectivamente, se casaron y fueron una pareja feliz. Con los Habsburgo neutrales, Napoleón marchó sobre Moscú en 1812. La fracasada invasión del Imperio Ruso fue el desastre que invirtió los términos. En 1813, los Habsburgo se unieron a la victoriosa coalición que finalmente derrotó a Napoleón.

La Revolución Francesa y las guerras napoleónicas fueron el prelude de la quinta imagen que Futuro presentó en sueños a Rodolfo: el Congreso de Viena de 1814-1815. En una sala de la segunda planta –con tres ventanas que ofrecían vistas de la capital imperial, cuatro rejillas en el techo para los espías de Metternich y cuatro puertas para las partes negociadoras– se selló la paz en Europa. Los principios rectores fueron el imperio de la ley, es decir que las dinastías gobernarán los Estados, y el equilibrio del poder, esto es, que ningún Estado entorpeciera el orden imperante en el resto del continente. Esta última imagen mostrada por Futuro a Rodolfo es optimista. Los Habsburgo no sólo habían salido victoriosos de las guerras napoleónicas, sino también adquirido un papel crucial, un poder interesado en la estabilidad de Europa como lo estaban todas las demás potencias europeas. Todos sus aliados en la coalición final, británicos, rusos y prusianos, dieron su visto bueno a este desenlace. Francia, restaurada su monarquía, volvió a su anterior posición de potencia europea.

El mundo va bien, concluye Futuro. Los dominios de Rodolfo, levantados con astucia y violencia, se sostienen y crecen gracias a un afortunado matrimonio, al poder femenino y a una astuta diplomacia. Cuando la obra se acerca al final, Rodolfo concluye este culebrón sobre su dinastía, diciendo que él mismo está cansado de guerras y se alegra de ver cómo se firma la paz.

La autora de la obra, una condesa, soslayó, con la ayuda de una comisión gubernamental, la cuestión de la gloria perdi-

da haciendo hincapié en el tema de la paz. Los Habsburgo lo hicieron bien en el Congreso de Viena, al confirmar sus reivindicaciones sobre los antiguos territorios polacos en el norte y en la costa adriática en el sur, pero su reino, incluso con estas ampliaciones, seguía siendo sólo un imperio de Europa central.

Como ya sabía el público, emperadores entre Rodolfo y Francisco José habían presionado para presentar nuevas reivindicaciones y gobernaron en dominios mucho más extensos. Varios emperadores habían pretendido el mundo entero, y más aún. Carlos de Habsburgo, en cuyo imperio en el Nuevo y el Viejo Mundo nunca se ponía el sol, eligió como lema personal *Plus ultra* o «Más allá del más allá». Su hijo Felipe acuñó un medallón con la inscripción *Orbis non sufficit* o «El mundo no basta». Enorme resonancia tuvo también la famosa interpretación que Federico de Habsburgo hizo de las vocales AEIOU: las descifró en el latín del siglo xv como *Austria est imperare orbi universo*; en el alemán de siglos posteriores, como *Alle Erdreich ist Österreich untertan* («Toda la tierra está sometida a Austria») o, como diríamos en la lengua franca de nuestros días, *Austria's empire is our universe* («El imperio de Austria es nuestro universo»).

Otra interpretación de AEIOU era quizá más importante para Francisco José: *Austria erit in orbe ultima* («Austria sobrevivirá a todos los demás» o «Austria durará hasta el fin del mundo»). Este lema era el favorito del padre de Francisco José y fue ostensiblemente evocado por su hijo, llamado Rodolfo en homenaje al primer emperador Habsburgo. Veinte años antes, en 1888, el príncipe heredero Rodolfo había criticado vehementemente a su padre por abandonar la gloria del pasado imperial a favor de un destino mediocre como potencia europea de segunda categoría. En opinión de Rodolfo, era difícil reconciliar las visiones tradicionales de una ambición infinita con una historia que terminara en compromisos diplomáticos. Esa frustración constituyó uno de los motivos por los que el Rodolfo moderno, hijo y heredero de Francisco José, se pegó un tiro en la cabeza en 1889.³

Quizá Francisco José aceptara renunciar a la gloria. Quizá, paradójicamente, ésa fuera la clave de su grandeza. Aun así, Francisco José tuvo que haberse dado cuenta de algo más en la obra de teatro. Era una representación escrita para festejarlo. Sin embargo, ninguna de las imágenes del sueño tenía que ver con los sesenta años de su reinado. En efecto, la acción de *El sueño del emperador* termina en 1815, quince años antes de su nacimiento. Él, personalmente, había sido excluido de la misma, junto con todos los acontecimientos y logros de su larga vida.

Francisco José nació con la era del nacionalismo, en 1830, el año en que estalló en París la revolución contra la restaurada monarquía y en que los rebeldes polacos rompieron el control del Imperio Ruso. Los Habsburgo, tras extender sus dominios en el Congreso de Viena, se vieron enfrentados a la cuestión nacional de italianos, alemanes, polacos y eslavos del sur.

Estas cuestiones nacionales eran un regalo de despedida de Napoleón. Se había proclamado a sí mismo rey de Italia. Había disuelto el Sacro Imperio Romano y docenas de insignificantes Estados alemanes, preparando así el camino para la unificación de Alemania. Había creado el reino de Iliria, nombre dado a las tierras de los eslavos del sur, pueblos que más tarde serían conocidos como serbios, croatas o eslovenos. Con el nombre de Ducado de Varsovia, había restaurado en parte a Polonia, borrada del mapa por la partición imperial de finales del siglo XVIII. Tras destruir esas entidades napoleónicas, los Habsburgo y sus aliados trataron el nacionalismo como una idea revolucionaria que había que sofocar en toda Europa. Metternich, ahora canciller, ordenó a la policía detener a los conspiradores, y a sus censores, suprimir pasajes sospechosos de periódicos y libros. La monarquía Habsburgo del joven Francisco José era un Estado policial.⁴

Mientras Francisco José era educado para gobernar un imperio conservador en los años treinta y cuarenta del si-



TIERRA DE LOS HABSBURGO C. 1580



glo XIX, algunos patriotas pintaban un borroso mapa de una futura Europa en la que el color local palidecía a medida que pasaba las negras fronteras de los imperios. En febrero de 1848, una nueva revolución estallaba en París. Dentro de los dominios Habsburgo, naciones orgullosas de su historia y con una numerosa clase noble –alemanes, polacos, italianos y húngaros– aprovecharon la ocasión para desafiar a la dinastía con protestas y levantamientos. Escondieron las tradicionales demandas de la nobleza de una mayor autoridad local en la nueva retórica de libertad nacional para el pueblo. El canciller Metternich tuvo que huir de Viena en un carro de lavandería.

Francisco José había ascendido al trono a la tierna edad de dieciocho años. Contra las rebeldes naciones de los nobles, acudió a otros en busca de ayuda: rumanos, croatas, ucranianos y checos. Algunas naciones se rebelaron contra el emperador, otras permanecieron leales a él, pero, de un modo u otro, todas habían afirmado su existencia. Así, aun cuando las naciones rebeldes fueran derrotadas en el campo de batalla, el principio del nacionalismo se afianzó y se generalizó. Y, lo que es más, el nuevo emperador había empezado una silenciosa revolución social. Para granjearse el apoyo de las naciones campesinas, había liberado al campesinado de sus tradicionales obligaciones para con los terratenientes. Los hijos y nietos de los campesinos llegarían a ser granjeros o incluso ciudadanos prósperos. Pueblos sin una histórica clase noble se verían convertidos en naciones de pleno derecho.

En 1848 las ideas patrióticas tuvieron una gran resonancia, pero revelaban sus contradicciones prácticas. Los pueblos capaces de luchar contra el emperador en nombre de la liberación nacional deseaban oprimir a otros pueblos: los húngaros a los eslovacos, los polacos a los ucranianos, los italianos a los croatas, etcétera. En esta situación, Francisco José podía navegar entre reinos enemistados y poner de nuevo rumbo hacia el poder supremo. La nación que pudo reclutar el ejército más impresionante, Hungría, acabó

derrotada por oficiales y soldados leales a la monarquía (aunque Francisco José tuvo que sufrir la humillación de llamar al ejército del vecino Imperio Ruso para que lo ayudara). Los escritores podían plantear cuestiones nacionales, y los rebeldes, presionar, pero no podía haber respuestas sin los monarcas y los generales.

Las revoluciones de 1848, recordadas como «la primavera de los pueblos», sirvieron de lección a reyes y emperadores. Después de 1848, los monarcas comprendieron los riesgos y las oportunidades del nacionalismo, y comenzó un nuevo tipo de rivalidad entre ellos. Los pueblos no habían conseguido elegir a sus gobernantes, de modo que ahora los gobernantes elegirían a sus pueblos. El premio era Alemania, más de treinta Estados que, aglutinados, constituirían el país más rico y poderoso de Europa. En los posteriores años cincuenta, Francisco José trató sin éxito de unir todos los Estados alemanes bajo su cetro pidiendo la sumisión de los gobernantes locales.

Alemania fue unificada sin los Habsburgo. Fue Prusia, antiguo Estado vasallo de la casa imperial, la que encontró el camino para unir el dominio dinástico con el nacionalismo alemán. Prusia era una gran monarquía alemana con capital en Berlín, gobernada por la dinastía de los Hohenzollern, quienes, tras ser subordinados de los Habsburgo, se habían convertido en sus rivales. Cuando los Habsburgo necesitaron votos para seguir siendo emperadores del Sacro Imperio, los Hohenzollern obtuvieron favores. Cuando los Habsburgo necesitaron apoyo durante la guerra de Sucesión española, acordaron conceder a los Hohenzollern un título real. El principal gobernante Hohenzollern, Federico Guillermo, estableció los dos pilares del poder estatal: las finanzas y el ejército. En 1683, cuando los Habsburgo fundían objetos sagrados para obtener el oro que necesitaban para la defensa de su capital del asedio otomano, Prusia establecía un sistema tributario. En 1740, Prusia negó la validez de la Pragmática Sanción, desafió el derecho de María Teresa a gobernar y atacó a la monarquía Habsburgo, apoderándose

finalmente de la mayor parte de la rica provincia de Silesia. Los Hohenzollern eran ahora no sólo una casa real, sino también una gran potencia que había derrotado a los Habsburgo en el campo de batalla.⁵

En 1866, la Prusia del rey Guillermo I atacó a la monarquía Habsburgo de Francisco José. En Sadová, las fuerzas prusianas, inferiores en número, obtuvieron una decisiva victoria gracias a su armamento superior y a su organización. Hubieran podido seguir avanzando hacia Viena, pero el canciller prusiano, Otto von Bismarck, no tenía ningún deseo de destruir a los Habsburgo. Quería mantener su monarquía como barrera frente a Rusia y el Imperio Otomano y, al propio tiempo, unir los restantes territorios alemanes en una monarquía nacional. Se salió con la suya una vez que hubo provocado y ganado una guerra contra Francia en 1870. Esta guerra puso de su lado a muchos de los Estados alemanes más pequeños, y la victoria convirtió a Prusia en la mayor potencia militar de Europa. La unificación de Alemania fue proclamada en la Galería de los Espejos de Versalles en enero de 1871. Un gran general prusiano dijo una vez que la seguridad del trono era la poesía. El más grande de los poetas alemanes, Friedrich Schiller, creía que Alemania sería una nación cuando tuviera un teatro nacional. Y acabó resultando que la guerra en el exterior fue ese teatro nacional. La pluma resulta más poderosa con la espada.

La derrota de 1866 y la exclusión de los Habsburgo de Alemania influyeron poderosamente en la nueva generación de la familia. El archiduque Esteban, nacido en 1860, era hijo de la época de la unificación promovida por Bismarck. En la guerra de 1866, el ejército prusiano atravesó con rapidez su provincia natal de Moravia, donde se firmó la paz. Cuando Esteban recibía allí su educación en los años setenta, la provincia era vecina de una Alemania envidiablemente poderosa. La unificación alemana colocó a los Habsburgo en lo que parecía ser una eterna posición defensiva. O bien resistían a los alemanes como un enemigo débil o se unían a ellos como un débil aliado. La generación de Francisco José sabía que el

poder mundial estaba fuera de su alcance, pero hasta 1866 pudo todavía soñar con Europa y Alemania. La de Esteban fue la primera generación de archiduques en llegar a la madurez bajo una monarquía que ya no era una gran potencia europea, ni siquiera candidata a gobernar Alemania.

Incluso el matrimonio, instrumento tradicional de expansión de los Habsburgo, no era sino un recordatorio de derrotas. En 1866, cuando Esteban se casó con una archiduquesa Habsburgo que también era princesa de la Toscana, estaba uniendo su destino al de la huérfana de otra unificación nacional, la italiana. Mientras que la infancia de Esteban estuvo moldeada por la nueva Alemania de Bismarck, la de su novia María Teresa estuvo condicionada por el imperialismo nacional de Francia en Italia. El emperador francés Napoleón III había avivado el patriotismo italiano, aliándose con el reino de Piemonte-Cerdeña en su intento de ganar a los Habsburgo el norte de Italia. En 1859, Francia y el Piemonte derrotaron a Austria en la batalla de Solferino. Fue el inicio de la cascada que los italianos llamaron *Risorgimento*, la unificación de Italia a partir de la profusión de pequeños Estados de la península. Los italianos se agarraron a los faldones de los alemanes al construir su propio Estado. En 1866, cuando Prusia derrotó a los ejércitos Habsburgo en la tierra natal de Esteban, Moravia, los Habsburgo perdieron también Venecia. La cedieron a Francia a cambio de su neutralidad, para acabar viendo cómo los franceses la cedían a Italia.

Italia se convertía en una monarquía nacional unificada. Enardecidos por la victoria, el objetivo de los patriotas italianos fue entonces la expulsión de toda autoridad extranjera de su país, incluyendo a los propios franceses. En 1870, cuando Prusia atacó a Francia, las tropas francesas tuvieron que retirarse de Roma para defender su patria. Pero, en cualquier caso, el ejército prusiano llegó a París. Cuando Berlín se convirtió en la capital de la Alemania unificada, Roma lo fue de la Italia unificada. Francia y los Habsburgo, históricos rivales por el dominio de Europa, fueron humilla-

dos, y la nueva Alemania no tuvo rival en el continente. Ambos abuelos de la archiduquesa María Teresa habían gobernado los territorios italianos; ahora, la formación de un reino italiano unificado dejaba dos líneas de sucesión que no tenían continuidad. La boda de María Teresa con Esteban representaba la retirada de una Italia en la que los Habsburgo ya no reinarían.

Las imágenes del sueño tuvieron que detenerse en 1815 para que no empezaran esas pesadillas surgidas del nacionalismo. Francisco José nació en un Estado policial que buscaba mantener lo que tenía y ascendió al trono durante una revolución. Su reino no conoció paz sino derrota, ni estabilidad sino pérdida, ni poder universal sino un personalismo corrosivo. Todos los monarcas excepto Francisco José, al parecer, habían controlado el nacionalismo y encontrado un lugar glorioso en la Europa moderna instaurando monarquías nacionales. Nada de eso parecía un tema apropiado para las imágenes de un sueño.

En la obra de teatro, había que mostrar las seis décadas de gobierno de Francisco José mediante un tipo diferente de arte. Hacia el final de *El sueño del emperador*, Rodolfo se declara satisfecho con las imágenes del sueño y pide saber el resto de la historia. Él mismo presenta un nuevo relato de gloria, un relato que no requeriría expansión territorial y así podría consagrar a Francisco José como el más grande de los Habsburgo. Mirando al emperador y dirigiéndose a él con los brazos extendidos y citando el Nuevo Testamento, Rodolfo declara el amor como la mayor de las virtudes y el mayor de los logros. Futuro le da la razón, afirmando que Rodolfo y Francisco José, al igual que todos los Habsburgo, serán bien amados por todos sus pueblos.⁶

Después aparece Amor, nombre femenino en alemán, interpretado en escena por una mujer que reclama a Futuro y Rodolfo la parte central del escenario. Tiene la última palabra sobre el emperador y su pueblo. Volando por encima de

montañas y valles, de ríos y océanos, Amor dice haber observado a los humildes súbditos de Francisco José en su vida cotidiana. Informa, en tono tranquilizador, de que todos aman a su emperador. Las últimas palabras de la obra, muestra de gratitud hacia el soberano, pertenecen a Amor, que habla en nombre de todos los pueblos de la monarquía. Llegados a este punto, resultaba perfectamente claro a la audiencia que el emperador aludido ya no era Rodolfo, sino Francisco José. A él se dirigieron todos los ojos y aplausos al caer el telón. Amor unía pasado y presente mediante un tema en apariencia inocuo, y daba a la historia de los Habsburgo un final que todos podían celebrar.⁷

No era del todo falso. Los Habsburgo amaban a sus pueblos, al menos en la medida en que significaban tierras de la corona, poder y riqueza. Durante siglos, habían utilizado las lenguas y adoptado las costumbres que mejor les permitían gobernar. Su amor era cosmopolita, indiscriminado, egoísta, irreflexivo, y así, en cierto sentido, perfecto. Difícilmente se podría decir que fueran de una sola etnia. Tal como el joven Guillermo lo entendía, «étnicamente mi familia era una gran mezcla». Si los Habsburgo tenían algo parecido a una nacionalidad heredada, era su propia familia. El nacionalismo moderno trabaja con metáforas de familia, afirmando que el pueblo se compone de hermanos y hermanas que comparten una tierra natal o una patria. ¿Qué necesidad tenían los Habsburgo de tales metáforas, si de hecho su familia había reinado siglo tras siglo, generación tras generación, y su emperador era considerado, todavía en el siglo xx, como padre o abuelo por millones de súbditos? Su patria eran las tierras que sus padres habían pisado, toda Europa, y los mares por los que habían navegado, el mundo entero. El nacionalismo de sus súbditos se podía consentir, soportar y tal vez algún día dominar.⁸

El tema del amor hizo posible la transición de una era a otra en la historia de los Habsburgo. Durante siglos, el amor había significado para ellos casarse con un territorio. En el siglo xix, el amor ya no era una cuestión entre princesas

núbles Habsburgo y gobernantes extranjeros, sino entre los muchos pueblos Habsburgo y su propio gobernante, Francisco José. El amor ya no podía ampliar el imperio, pero quizá podía conservarlo. La historia del reinado de Francisco José desde 1848 fue la del nacionalismo emergente de sus pueblos y la cuestión que se planteaba era si el nacionalismo podía reconciliarse con una lealtad superior: a su persona y su trono. Precisamente porque la monarquía Habsburgo, con sus docenas de pueblos, no podía convertirse en un Estado nacional, Francisco José y sus gobiernos buscaron y encontraron vías para tratar las diferencias nacionales cuando se producían las grandes unificaciones. Los últimos cincuenta años fueron una época de compromiso nacional.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Red Prince*
Traducción del inglés: Joan Fontcuberta i Gel

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2014

© Timothy Snyder, 2008
© de la traducción: Joan Fontcuberta, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Unigraf S.L.
Depósito legal: B 19986-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-94-6
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5820-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)